

sienta que lo que ocurre en escena podría fácilmente pasarle también a él, movimiento que hace que el conflicto adquiera un carácter de ejemplo.

Violar esta regla, sin embargo, no es una limitación definitiva cuando el autor, consciente de la forma especial de la obra se ocupa, antes de la presentación del suceso, de despertar la solidaridad hacia el héroe por medio de la simpatía, de manera tal que aunque aquél parezca poco probable, el espectador tenga ya un interés particular que supere este hecho; pero Benedetti tampoco hace esto, sino que, al contrario, antes que nada, presenta el suceso y la obra se transforma entonces en el simple relato objetivo de las consecuencias de una acción muy poco probable que afecta a un personaje que nos importa porque no lo conocemos y que, por tanto, puede producirnos curiosidad, pero nunca emocionarnos. Uno de los propósitos fundamentales del arte —la comunicación, la relación emocional que se establece entre el objeto artístico y el espectador— queda excluido de este modo, debido a la técnica defectuosa que el autor ha empleado para construir la obra y la ausencia de un tratamiento profundo, auténtico del tema.

Deslindando este punto, con todas sus limitaciones, *El error de estar vivo* podría, a pesar de todo, despertar el interés mediante un lucido desarrollo que sostuviera la inicial curiosidad que provoca la originalidad de la situación; pero unida a la construcción defectuosa, una larga serie de equivocaciones técnicas anulan también esta posibilidad. La caracterización es indecisa, y está supeditada más a las necesidades de la trama que a las exigencias psicológicas de los personajes, por lo que los sentimientos de estos parecen oscuros cuando no definitivamente contradictorios. El tono bajo el que se presentan los acontecimientos es unas veces festivo y otras dramático, con lo que no logra ser en definitiva ni una cosa ni otra. La anécdota se bifurca en dos direcciones, sin que nunca se llegue a saber qué es en realidad lo que se quiere contar, si las consecuencias de una acción inmoral o la historia de una traición. Y por último, la solución resulta tan poco definitiva que más que cerrar el ciclo de acción, parece abrir el camino a toda una nueva serie de posibles sucesos. Errores capitales todos, que terminan de convertir a *El error de estar vivo*, en una obra total, franca y definitivamente frustrada, cuya traducción y puesta en escena resulta inexplicable.

A la falta de atractivos de la obra, se une una dirección confusa, llena de trucos fáciles y totalmente desprovista de un propósito determinado de Enrique Rambal, que no sólo no intentó hacer menos evidentes las equivocaciones del autor, sino que la subrayó con movimientos y actitudes inexplicables e injustificables en un director consciente.

El magnífico desempeño de Wolf Ruvinskis, Manola Saavedra y Narciso Busquet (al que sin embargo, hay que reprocharle la elección del vestuario, que resulta francamente inapropiado), se hacía acreedora de una dirección más consistente y, sobre todo, de un texto que diera más oportunidad de lucimiento a sus indudables dones.

La escenografía de Julio Prieto está realizada en función de uno solo de los decorados, por lo que los otros dos que exige la obra, resultan pobres y mal resueltos.

LIBROS

AMPARO DÁVILA, *Tiempo destrozado*. Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 126 pp.

Con oficio y un lenguaje ceñido, preciso, Amparo Dávila crea en este libro, a través de los doce relatos que lo forman, un mundo hermético y muy determinado en el que lo inmediato, lo cotidiano, aparece siempre como el principio de un camino que fatalmente concluye en lo inesperado, lo fantástico. En *Tiempo destrozado* la vida parece una mezcla indisoluble de razón y locura, y el encuentro con ésta es el final inevitable. La autora logra sugerir, crear, un clima de angustia, de sobresalto, que se sostiene a través de todo el libro, unificándolo y determinándolo. La intencional ausencia de soluciones objetivas, sumerge al lector en un ambiente irreal, susceptible de ser experimentado, pero no explicado racionalmente; pero también hace sentir con cierta frecuencia que los relatos están truncaos, incompletos; terminan después de la exposición del conflicto, cuando el desarrollo de éste parece más indispensable. Pero, por encima de esta tal vez aparente limitación, el libro presenta a una autora de muy apreciables dones.

J. O.

RAFAEL SOLANA, *El sol de octubre*. Letras Mexicanas. Fondo de Cultura Económica, México, 1959, 601 pp.

Seiscientas páginas en las que los galicismos y anglicismos, las oraciones defectuosamente construidas, la puntuación arbitraria, los modismos vacuos y la sintaxis confusa aparecen como requisito indispensable del estilo. Acompañando a la difícil lectura, la inclusión de personajes reales, mezclados libremente con los entes de ficción, termina por convertir a éstos en meras sombras cursis cuando no vacías, carentes de relieve e interés y por completo incapaces de competir con aquellos que con la sola mención del nombre, poseen una reconocible personalidad.

J. O.

MIGUEL LEÓN-PORTILLA, *Visión de los vencidos*. Relaciones indígenas de la Conquista. Versión de textos nahuas: Angel María Garibay K. Ilustraciones de los códices: Alberto Beltrán. Biblioteca del Estudiante Universitario. N° 81, U.N.A.M., 1959, xxvi, 212 pp.

Alfonso Reyes intuyó un fondo epopéyico tras el aspecto bélico de la Conquista. Según el maestro, el sojuzgamiento del Anáhuac contiene aspectos que lo asemejan a los mitos antiguos. Como en la *Iliada* son destruidas una ciudad y una stirpe. Por su parte, la *Eneida* prefigura la dominación del pueblo azteca: Cortés y Eneas, anunciados por presagios y oráculos, huéspedes de un rey extranjero convierten la amistad en cruenta discordia y se alían con los pueblos limítrofes; atacando por tierra y por agua vencen a Lacio y Moctezuma. En las relaciones nahuas sobre la Conquista hay pasajes trágicos comparables por su intensidad a los Cantos homéricos. Reunidas, prologadas, anotadas en este volumen por Miguel León-Portilla, su lectu-

ra sirve a la comprensión del México moderno, vástago del encuentro de dos razas.

El interés de nuestros antepasados por conservar los hechos importantes consta en la memorización, obligada en los centros educativos prehispánicos, y en las estrellas mayas y los códices históricos (*xiuhámatl*), "Libros de años" redactados a base de una escritura ideográfica de naciente fonética. Por eso, más que para verificar las diferencias entre los cronistas de Indias y los testigos nahuas, las relaciones importan como testimonio de quienes contemplaron el desmoronamiento de sus pueblos y la extinción de su cultura.

El doctor Garibay ha redescubierto un mundo asombroso cuyos últimos días constan en estas versiones de textos nahuas que aluden de manera directa a la Conquista. Aparte de su valor humano y literario, el testimonio de la derrota es un documento histórico que presenta "la otra cara del espejo", borrando los enigmas que prevalecían sobre la cultura náhuatl. Si nuestra independencia cuenta con dos historias que se oponen, las de Bustamante y Lucas Alamán, el estudio de la Conquista se efectuaba parcialmente siguiendo tan sólo la opinión de los conquistadores: las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, la *Hispania Victrix* de López de Gómara, la *Verdadera Historia* de Bernal Díaz, y los libros humanísticos que redactaron los misioneros Bernardino de Sahagún, Diego Durán y Bartolomé de las Casas.

Miguel León Portilla ha empleado muchas fuentes para la integración de este volumen: las elegías (*icnociuicatl*) compuestas por los *cuicacpíques* líricos nahuas precortesianos, hacia 1524; la Relación Anónima de Tlaltelolco; los testimonios de informantes de Sahagún; los testimonios pictográficos (Códices Florentino, Aubin y Ramírez, Lienzo de Tlaxcala y Manuscrito de 1576 — que inspiraron a Beltrán sus magníficas ilustraciones); la crónica de Fernando Alvarado Tezozómoc; los Anales Tecpanecas de Atzcapotzalco; las historias de los aliados de Cortés, tlaxcaltecas y texcocanos, quienes no dejaron de resentir la derrota.

Estas narraciones revelan la actitud psicológica de los indígenas: temor supersticioso, creencia en la divinidad de los invasores, antes de las batallas; ira, duelo, nostalgia al sobrevenir el triunfo enemigo. Los documentos guardan los augurios que antes del desembarco reblandecieron a Moctezuma; las matanzas cometidas por los españoles en Cholula y el Templo mayor de Tenochtitlan; el contraataque de Cuitláhuac que forzó a los españoles y sus aliados a huir por la calzada de Tlacopan; el asedio desde los bergantines, la heroica defensa y la posterior rendición de los mexicanos y la amargura del pueblo encadenado.

El investigador no aspira a restaurar polémicas entre hispanistas e indigenistas. Guiado por un interés meramente científico, enemigo de los maniqueísmos, compone un libro indispensable para obtener una imagen plena de la historia de México.

J. E. P.